

este ejercicio narrativo y, definitivamente, yo haya equivocado el camino de la interpretación.

BENHUR SÁNCHEZ
SUÁREZ

Nada más que un triste hueso

**Muerto, vendido y desaparecido
para siempre**

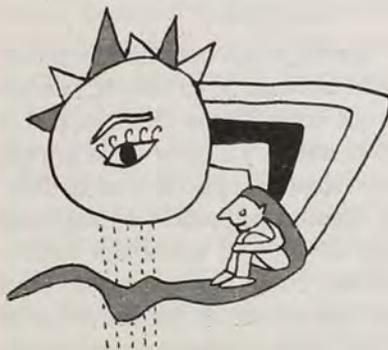
Fernando Iriarte M.

Uniediciones, Serie novela negra,
Bogotá, 2005, 154 págs.

Desde que vemos un título como *Muerto, vendido y desaparecido para siempre*, nos enfrentamos a tres certezas. La primera, que al tratarse de novela negra es absolutamente necesaria la 'presencia' de un cadáver para validar su discurso. La segunda, que dicho muerto estuvo posteriormente envuelto en algún asunto comercial, algún macabro trueque, alguna celada, y la tercera, que este muerto no tendrá jamás cristiana sepultura. El título nos pone al tanto de cosas que debieron haber sido veladas en beneficio de la intriga y que aquí nos hacen ciertas cosas demasiado sencillas. A continuación, en cuanto buscamos una nota biográfica de su autor, Fernando Iriarte, descubrimos que, al parecer, se trata de un fantasma que sólo es recordado por los comentarios de carátula hechos por Luz Mary Giraldo. Ella nos cuenta, a manera de reseña, algo de la novela sin hablarnos en lo más mínimo de Iriarte. ¿Error del autor? ¿De los editores? ¿Acaso de Luz Mary Giraldo?

Muerto, vendido y desaparecido para siempre es una suerte de experimento literario sobre uno de los temas que más han interesado a Iriarte. Esto es, todo lo concerniente a la cultura musulmana y, ya como eje de esta novela, a su migración a la costa Caribe colombiana. Desarrollada en tres capítulos, cuyos títulos delatan

por igual una enorme pobreza en ingenio ("El extravío", "La búsqueda", "El hallazgo"), la historia sirve de pretexto a su autor para allanar otros terrenos de rigor en aquellos géneros que más ha cultivado: el ensayo y la crónica. Iriarte quiere hablar de política —someramente—, de violencia, de pobreza, de secuestro, de historia, de arqueología, y quiere hacerlo desde la ficción. Lo hace, en efecto, sólo que la trama colapsa, se enreda, perdemos el rastro y luego nos encontramos en medio de la nada. El experimento funciona y a veces falla, de pronto resulta que cambiamos de lugar —Iriarte trastoca todo—, y en seguida nos damos cuenta de su ardid, *Muerto, vendido y desaparecido para siempre* no es una novela, es un pequeño guion cinematográfico. Vamos al libro.



Nazim Hussein, próspero comerciante egipcio radicado en Cartagena de Indias, ha desaparecido de forma misteriosa. Su esposa y sus hermanos inician una intensa búsqueda recurriendo a toda clase de organismos internacionales y acudiendo, por último, a la ayuda de un investigador y periodista, Nicolás Pimiento. Iriarte va y vuelve sobre otras historias que después conecta para no perder aquel elemento sorpresa —la inteligente resolución de un Hércules Poirot— que ha de hacer válida su novela negra. Hace constantes paneos, tomas rápidas a través de constantes descripciones espaciales aparentemente ajenas a la escena que se desarrolla y habla de lugares reales en Bogotá, Cartagena y Barranquilla. Describe la carrera séptima en Bogotá, algunos

bares de culto, cafés y personajes del común que incluso hoy día podemos encontrar en el lugar y la hora indicados. Periodistas, chulos e informantes tejen toda una cadena de espionaje para resolver el caso de Hussein junto a otros dos casos que terminan por conectarse —vaya astucia— y que hacia la mitad de la novela nos hacen pan comido el juego detectivesco. Un político envuelto en escándalos, un caso de homicidio colectivo en la Universidad de Barranquilla y, dicho sea de paso, un comerciante extranjero a quien han drogado y abandonado en las afueras de Cartagena. ¿Más pistas? Iriarte recorre la vida de otras personas hasta el momento ajenas al intrínquilis de su narración central, el juego es válido, muy inteligente si se quiere, pero los imperfectos de su complejo armazón hacen que todo termine por venirse abajo y sólo nos quede la satisfacción de encontrar episodios audaces, categóricos, dignos de ser llevados a la pantalla. Para explicarlo un poco más en detalle, baste con revisar el primer capítulo y encontrar una historia narrada con ingenuidad, mucha sintaxis elemental, frases muy al estilo cartilla *Nacho* y recursos gastados o demasiado pretenciosos como tratar de buscar sinónimos a palabras que repite, por fuerza de su discurso, y en los cuales resulta peor el remedio que la enfermedad. Para no repetir más de tres veces la palabra *taxi*, Iriarte decide reemplazarla por esta barbaridad, *auto rentado*. Por ahí van las cosas a cada momento, construcciones gramaticales extrañas o mal formuladas y, en general, miedo de hacer frente a los recursos. Dicho miedo se apacigua y encontramos un segundo y tercer capítulo bastante fluidos. A veces sentimos que entre este primer capítulo y el resto del libro hubo un tiempo de mesura, un ligero descanso en que su narración cobró una forma más madura. El resultado: dos retazos pegados con babas.

La novela tiene la propiedad de poseer momentos de algidez, otros de repentina acción, junto a otros de obligadas interjecciones históricas

que, no obstante, no se extienden más de lo debido. Iriarte no quiere postular, se entiende que conoce del tema y que ha puesto todas sus esperanzas en un cadáver que sabemos mutilado mucho antes de que se nos quiera informar de ello; su chivo expiatorio le servirá hasta bien entrada la narración para hacer revista de sus inquietudes literarias y sociales, después, sólo es cuestión de leer esas últimas páginas para corroborar el 'hallazgo'.

En el capítulo "La búsqueda", subdividido por igual en bloques narrativos que posteriormente se interrelacionan, la noticia de los asesinatos en una Facultad de Medicina reanima una historia adormilada—quien escribe ya estaba a punto de ser vencido por el sueño— y lleva la típica historia de secuestro al paraje de las psicopatías. Ávidos de cadáveres para sus prácticas en el anfiteatro, los estudiantes de medicina deciden proveerse de 'cadáveres frescos' compuestos, sobre todo, de indigentes y vagos a quienes nadie ha de extrañar. Hasta ahí, todo va bien. Un poco más adelante, y recordando el título de esta novela, el juego se nos revela. Iriarte siente que a esta altura de su historia nadie ha comprendido la treta, pero ya es demasiado tarde y lo que sigue es terreno hartó conocido.

Muerto, vendido y desaparecido para siempre recurre a otros recursos, también de corte cinematográfico, que son no sólo su comodín sino el soporte del juego narrativo que ha creado. Constantes *flashback*—que nos llevan de un cementerio musulmán en El Cairo, a un atasco vehicular en Cartagena— y un cruce de historias que esclarece todo el contubernio relacionado con una desaparición. Personajes como Edy o "La caleña" poseen fuerza, son accesorios pero no molestos, no se sabe qué pitos tocan en el asunto del egipcio hasta que entendemos por fin su relación con el caso. Por ahí van bien las cosas, por el otro, vemos como se resuelve el problema político, los homicidios de indigentes y es en este punto donde todo empieza a desfallecer. Salvamos al-

gunos trechos de disertaciones éticas, como el también mencionado por Giraldo en la tapa del libro: "Somos imaginados que imaginan, consistimos en sueños que sueñan. Todo lo crean nuestros ojos turbios que tampoco son realidad, porque hacen parte de sombras. El comienzo y el fin es lo mismo, tal como el camino intermedio".



Sabemos, por boca de Iriarte desde la carátula de su novela, la suerte que corre Nazim Hussein. Debo, no obstante, y a favor de la intriga, dejar algunos episodios en el tintero, algunas pequeñas estratagemas que salvarán al lector del aburrimiento, como atar todos los cabos que van quedando sueltos mientras que el autor se adelanta o retrocede para seguir esbozando la cantidad de personajes que han entrado en escena y que permanecen a la espera para participar de lleno en la historia principal.

Para terminar su novela, Iriarte decide tomar algunos riesgos extras y arremete con una suerte de monólogo a dos voces en que Nidal recuerda a Nazim, su hermano. Salta de la primera persona a la tercera en algo que resulta adecuado para cerrar el libro. A veces, sin embargo, el melodrama se apodera de las palabras de Nidal—puede ser comprensible—, a veces hay equilibrio y las cosas parecen marchar bien. Cerramos la novela y queda la impresión de diez o doce imágenes importantes, ningún texto o dato de relevancia y nada más que un triste hueso: "Un solo húmero largo, amarillento, fracturado por la mitad,

como el que podría haber sido de un escritor peruano que en vida auguró morir en París con aguacero".

CARLOS ANDRÉS
ALMEYDA GÓMEZ

Posdata. Pocos días antes de iniciar la redacción de esta nota, un par de amigos del autor me informaron sobre la intención de llevar su novela al cine. Ahora bien, sopesando lo anotado atrás y viendo la riqueza en recursos cinematográficos de la que goza, asumo que de seguro tendrá mucho más valor como película que el poco significado que le hallé como libro. Esto mismo ha venido sucediendo con otras novelas cuyo valor literario es reprochable, pero que cobran especial interés al ser llevadas a la pantalla, véase el caso de *Perder es cuestión de método* de Santiago Gamboa o, mejor aún, de *Rosario Tijeras*, libro de Jorge Franco Ramos de quien se ha adaptado también la novela *Paraíso Travel*.

Textos costeños. Dos versiones de Macondo: Cartagena y Ciénaga

**García Márquez en Cartagena.
Sus inicios literarios**

Jorge García Usta
Seix Barral, colección Los tres mundos, Bogotá, 2007, 322 págs.

**El misterio de los Buendía.
El verdadero trasfondo histórico
de Cien años de soledad**

Guillermo Henríquez Torres
Editorial Nueva América, Bogotá,
2006, 396 págs.

Debería estar prohibido al menos durante los próximos cien años escribir más sobre García Márquez. Estamos hasta la coronilla. Y sin embargo... cuando alguien nos entrega el trozo biográfico más amplio y bien logrado de una época de la